



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R..."
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

J. Góngora, Impresor. MADRID. San Bernardo, 85.

TRABAJO PRIMERO

Pío Cid intenta desasnar á unos estudiantes.

En una modesta casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo vivía Pío Cid cuando le conoció mi amigo Cándido Vargas, de quien he recogido las escasas noticias que tengo sobre los primeros años de vida madrileña del original protagonista de esta instructiva historia. Yo le conocí algunos años después, y me interesó tan profundamente la rareza, con visos de genialidad, de sus dichos y hechos, que formé el firme propósito de estudiarle de cerca para satisfacer mi curiosidad de novelista incipiente y utilizarle en una obra de psicología novelesca al uso, que me quitaba entonces el sueño y el apetito.

Por fortuna mía, la amistad que, andando el tiempo, llegó á unirme con Pío Cid fué tan íntima, tan desinteresada y tan fraternal, que, aun supuesto que yo no me hubiera arrepentido de mi deseo de ser escritor á la moderna, nunca hubiera tenido la avilantez de emplear en esta historia de mi desgraciado amigo los procedimientos literarios que las escue-

las en boga preconizan. No merece, en verdad, mi amado héroe que se le observe, analice y maltrate como á un conejo ó rata de Indias, en los que el frío y descorazonado vivisector ensaya sus venenos; merece, al contrario, que se le ame y se le saque á la luz pública para universal enseñanza, como ejemplo de un hombre que vivió muy humanamente y que con humanidad debe de ser juzgado. Esta historia será, pues, una biografía escrita con amor; un retrato moral exacto en lo que afirma y piadoso en lo que encubre, que será todo lo que el original tuvo de censurable. Y aun sospecho que muy poco he de encubrir, porque los numerosos disparates que mi amigo cometió lo fueron sólo en apariencia, y dejan de serlo cuando se los mira en el conjunto de su extraña vida, con los ojos con que él, al realizarlos, los miraba; tuvo momentáneos desfallecimientos y dió grandes caídas, como hombre que era, y tampoco esto se ha de ocultar, porque realza la humanidad de su carácter y de sus obras; en suma, sólo he de guardar reserva sobre aquellas acciones que, por arrancar de los bajos instintos materiales, descomponen y afean la noble figura humana.

Aquella malsana curiosidad mía fué, sin embargo, provechosa, porque me movió á conocer á Pío Cid y á averiguar muchos misterios de su vida que, sin mi diligencia, hubieran quedado ocultos, y, por último, á convencerme de que aquel hombre que yo había to-

mado por extravagante ó estrambótico era el prototipo de la sencillez admirable y de la noble naturalidad. Que la virtud del esfuerzo de la inteligencia se reconoce, entre otras muchas señales, en la purificación de nuestro espíritu, el cual comienza á veces á ejercitarse con intención dañada ó malévolá, y conforme avanza en su tortuoso camino va distinguiendo claramente lo innoble de su proceder hasta concluir por el arrepentimiento; de suerte, que el trabajo que dimos en la sombra sale á luz de pronto, transformado y como transfigurado por nuestra tardía bondad, más fecunda, de cierto, que la bondad temprana de aquellos que nunca sufrieron la atracción del mal y nunca sintieron tampoco el inefable contento de descubrir el bien como tesoro escondido y de regocijarse con él como con hallazgo inesperado. Así, esta historia, concebida con ánimo de arrojar á la voracidad pública los más íntimos secretos de un amigo confiado, se transfiguró al calor de la amistad y de la confianza en algo semejante á un legado piadoso, historia escrita para cumplir un deber de conciencia: el de dar á conocer á quien poseyó la suma grandeza humana y vivió oculto en una envoltura humildísima, y murió sin molestarse en que le conocieran sus contemporáneos.

Porque una de las rarezas de Pío Cid, que más que rareza parecía cumplimiento obstinado de algún voto solemne, consistía en rehuir

la conversación siempre que se le preguntaba algo de su vida. No daba explicaciones ni dejaba entrever recuerdos dolorosos, ni excitaba la curiosidad con estudiadas reservas; su silencio era despreciativo, acompañado de enojo de hombros, y se podía interpretar de varias maneras:—«Me incomoda hablar de mí mismo».—«Á mí no me ha ocurrido nunca nada de particular».—«No nos demos tanta importancia, habiendo, como hay, cosas más interesantes en qué fijar la atención»; ó bien, en sus momentos de aparente misantropía:—«Déjeme usted en paz». Todo esto y mucho más lo decía sin decirlo, con los ojos, con los que solía hablar más que con la boca, salvo en las raras ocasiones en que su locuacidad retenida se desataba y se desbordaba en un hablar rápido y penetrante, en el que las ideas originales salían á borbotones y se despeñaban como manantial que brota entre las rocas de un alto tajo. Pero ni en sus arranques más fieros de verbosidad rompía su natural reserva tocante á su persona; sus ideas eran, como él decía, ideas puras, humanas, no personales; según él, la idea personal es inútil y ocasionada á trastornos en quien la tiene, y más aún en quien la conoce, la acepta y la practica. Hay que dejar dormir esa idea primitiva para que ahonde en el espíritu del que la concibió, para que lo que era esencia de una impresión fugaz se convierta en substancia de nuestra propia vida, en idea humana fecunda en to-

dos los hombres que la retiben. La causa de los males de la humanidad es la precipitación: el deseo de ir de prisa rigiéndose por ideas en flor. Así, las flores se ajan y los frutos nunca llegan.

Comprenderá el amable lector lo difícil que ha de ser á un historiador ó novelista háberse las con un héroe de tan repelosa catadura. Un hombre que no suelta prenda jamás, un arca cerrada como el protagonista de esta historia, es un tipo que parece inventado para poner á prueba á algún consumado maestro en el arte de evocar en letras de molde á los seres humanos. Mi obra no es una evocación, sino una modesta relación de un testigo de presencia; pero un hombre que, si no ocultó su vida, no dió á nadie noticias de ella, dejando á los curiosos el cuidado de escudriñarla, no es posible que sea enteramente conocido y justificado. Mucho me temo que, á pesar de mi buena voluntad, el malaventurado Pío Cid tenga que sufrir la pena póstuma de no ser comprendido ó de que le tomen por engendro fantástico y absurdo, fundándose en lo incongruente de mi relato, que no abraza toda su vida, sino varios retazos de ella, zurcidos por mí con honradez y sinceridad, pero sin arte.

La primera anomalía que no está en mi mano remediar, la hallará el que leyere cuando vea aparecer al protagonista frizando en los cuarenta años y representando algunos más, y no sepa á ciencia cierta qué se hizo de

él durante esos largos años de obscura existencia. Los amigos decían que Pío Cid era de familia bien acomodada y quizás noble, pero venida á menos y obligada por la dura necesidad á esconderse en un pueblo de la costa de Granada, en donde tenían los Cides su casa solariega. El joven, que era hijo único, siguió estudiando leyes en Granada, y una vez terminada la carrera se encerró en el pueblo con sus padres y allí pasó los años vegetando, como caballero pobre y que se resiste á doblar la raspa; á lo sumo dedicaría sus ocios á leer libros y á cultivar las musas, pues sólo así se explicaba su vasto y enmarañado saber y la facilidad con que componía versos en todos los metros y rimas conocidos y en algunos de su propia invención. Se le tenía por refractario al amor, ó, cuando menos, al matrimonio; así, vivía apegado á sus padres, y cuando éstos le faltaron, se halló solo en medio del mundo, y acaso deseoso de dejar la estrechez de su pueblo y olvidar sus tristezas en la agitación de la corte, adonde vino, en efecto, con una credencial en el bolsillo, ya que lo mermado de sus rentas no le permitía, según parece, vivir sin empleo y con entera independencia, como hubiera sido su gusto. No podía ser más vulgar su historia: un hombre inteligente, pero desilusionado é incapaz de hacer nada; extravagante más por falta de sociedad que por sobra de talento; con varias aptitudes que hubieran sido útiles á una per-

soña activa y discreta, y que á él no le servían más que para perder el tiempo y distraer á cuatro amigos. A ratos parecía poeta, y á ratos jurisconsulto, ó músico, ó filósofo, ó lingüista consumado; pero en cuanto á ser, era no más que un insignificante empleado de Hacienda, que iba á disgusto á la oficina.

El buen Cándido Vargas, que sentía por él un afecto fraternal, me refirió algunos detalles que me confirmaron la falsedad de estas historias y opiniones, á las que yo nunca di crédito, porque desde el principio había adivinado en Pío Cid cierto mar de fondo debajo de la quietud y serenidad de su espíritu resignado. Notábase en él un menosprecio profundo de sus semejantes, aun de los que más estimaba, que no era orgullo ni presunción, al modo que muestran estos sentimientos los hombres que se creen superiores, sino que era expresión de un poder misterioso, semejante al que los dioses paganos mostraban en sus tratos con las criaturas: mezcla de energía y de abandono, de bondad y de perversión, de seriedad y de burla. Entre las mil imágenes de que se valía para expresar este poder oculto, que indudablemente ejercía sobre cuantos trataba, la más graciosa y extraña era la de cortar el hilo de nuestros discursos soplando en la frente. Decía él humorísticamente que los hombres le producían el mismo efecto que grandes orzas ó tinajas llenas de aceite, en las que navegaran, lanzando sus rayos

mortecinos, mariposas diminutas como las que usamos de noche para semialumbrar nuestras alcobas. Tan triste y ridículo sería ver asomar por la boca de aquellos panzudos depósitos una luz desmirriada y relampagueante, como lo es adivinar en la parte superior de nuestro complicado y grosero organismo el miserable y angustioso chisporroteo del presuntuoso pensamiento humano. Por esto Pío Cid, que era poco aficionado á las luminarias, y que para tener poca luz prefería estar á obscuras, se incomodaba cuando alguno de sus amigos, caldeado por el sacro fuego de la elocuencia, pretendía hacer alarde de su saber en periodos arrebatados y altisonantes, imitados de los tribunos, oradores parlamentarios, habladores académicos y demás gentuza (esta era su frase) que desde hace un siglo se dedica á encubrir con su substancial palabrería la ignorancia sencilla y candorosa de nuestra Nación; y no sólo se incomodaba, sino que á veces se sonreía diabólicamente y se levantaba, y acercándose de repente al orador, le soplabá, como antes dije, en la frente, y lo apagaba con la misma facilidad con que se apaga un candil. ¿Sugestión? ¿Diablura? No sé lo que había en el fondo de esta maniobra, de que yo mismo fuí víctima algunas veces; lo que sí atestiguo es que los oradores nos quedábamos como si nos hubieran extraído el cerebro, sin poder pensar ni articular una palabra más, ni tener siquiera

conciencia de nuestro estado, hasta que algunos minutos después comenzábamos á lucir de nuevo, poco á poco, como si el calor disgregado por todo el organismo se concentrara lentamente dentro del cráneo y empezara á levantar llama.

Esta y otras mil artes, que en tiempos menos adelantados hubieran parecido derivadas de la ciencia misteriosa de alquimistas, magos, nigromantes y adivinos, las explicábamos nosotros, sin meternos en más honduras, por lo que sabíamos de la vida de pueblo que Pío Cid había llevado hasta bien pasada su juventud; puesto que es frecuente que los señores de pueblo, holgazanes y aburridos, pierdan el tiempo en cultivar las ciencias y artes inútiles: charadas, acertijos y rompecabezas, juegos de sociedad y juegos de manos, hasta llegar algunos á ser consumados prestidigitadores y adivinadores del pensamiento, cuando no les da por el espiritismo y consiguen solos, ó con auxilio de una mesa rotatoria, trípode automóvil ó *medium* de carne y hueso, ponerse en comunicación con sus antepasados difuntos ó con los personajes de más viso de la antigüedad clásica. Así, pues, aunque la palabra no sonó jamás, la que teníamos en los labios al hablar de nuestro amigo era la de «espiritista»; y aunque le hubiéramos visto dar voz á los mudos, oído á los sordos y vista á los ciegos, todo esto y mucho más lo explicáramos como obra de la picardía y de la

astucia de un farsante original. Yo, sin embargo, no las tenía todas conmigo; porque, no obstante la reserva de Pío Cid, veía en él rasgos de una personalidad oculta, muy diferente de la que á nuestros ojos se mostraba; y á no haberme engañado la idea que de él tenía preconcebida, hubiera desde luego comprendido que su rara sabiduría, que era su mayor rareza, no se había formado en el retiro de un pueblo, sino que era el resultado de una larga experiencia cosmopolita. Aunque pareciera extraño, estos dos extremos se tocan y pueden dar lugar á confusión. Nada hay que se acerque tanto al tipo del cosmopolita, del hombre que ha visto mucho mundo, como el tipo del sabio de pueblo, del doctor de secano. La diferencia está en que el uno tiene la realidad de la experiencia, mientras que el otro posee solamente el conocimiento teórico; pero tocante á cantidad, es seguro que el viajero más corrido no llega jamás á reunir tantas noticias ni á adquirir tanto saber como el arrinconado curioso que en la quietud imperturbable de su aldea se propone enterarse de cuanto ocurre en ambos hemisferios. Dejará éste ver en ciertos detalles lo atrasado que está de noticias, pero en otros muchos sorprenderá al que se tenga por más al corriente de las cosas de su tiempo. Con Pío Cid ocurría, por excepción, que su experiencia del mundo era real, como de un hombre que ha vivido en todas partes y todo lo ha visto con

sus propios ojos; y al mismo tiempo su atraso de noticias en muchas ocasiones nos hacía reir á carcajadas y pensar si aquel hombre acababa de caer de la luna. Sirva, pues, esta circunstancia para que no se nos tenga por tontos de capirote á cuantos tomábamos á Pío Cid por sabio palurdo ó persona de poco más ó menos, siendo, como era, hombre de tantísimos quilates.

En la historia de familia de Pío Cid, que corría como verdadera, había desde luego la falsedad evidente de presentarlo como hijo único, siendo así que tuvo por lo menos una hermana, con la que vivió algún tiempo en Madrid. Doña Paulita, la pupilera de la calle de Jacometrezo, estaba muy al corriente de todo, porque era granadina como los Cides y conoció á D.^a Concha y á una hija de ésta, de pocos años, en circunstancias tristísimas, que, siempre que había ocasión para ello, relataba con pelos y señales, por habersele quedado muy impresas en la memoria. Según Cándido Vargas, D.^a Paulita era de muy buena familia, hija de un médico de gran reputación, que ya no visitaba por haberse quedado ciego; pero había tenido la desgracia de casarse con un pillastre de investigador de Hacienda, que cuando no estaba colocado, y á veces estándolo, dirigía en Granada una Agencia universal ó poco menos, que lo mismo entendía en las sustituciones de quintos, que en el arreglo de asuntos municipales, for-

mación de expedientes administrativos y demás negocios que los particulares le encomendaban. Parece ser que la especialidad de la Agencia eran los negocios sucios, aunque Doña Paulita defendía en este punto á su marido á capa y espada, asegurando que si su infeliz esposo había ido á dar con sus huesos en la cárcel por falsificación de una partida de bautismo, ella sabría poner las cosas en su lugar, pues para esto había venido á Madrid, y hasta conseguirlo no pararía, aunque tuviera que remover el cielo y la tierra.

Vino á la corte esta obscura heroína del deber conyugal con escasos recursos y algunas cartas de recomendación, la principal para Pío Cid, no porque éste fuera hombre de influencia, sino porque se sabía que era amigo ó protegido de uno de los diputados á Cortes de la provincia, á cuya amistad ó protección debía el empleo que, sin haberlo pedido, disfrutaba. Por este tortuoso camino llegó Doña Paulita á conocer á Pío Cid; y aunque no se sabe á punto fijo si éste atendió la recomendación, se supone que sí la atendería y que haría cuanto de su parte estuviese; pues si bien no le gustaban las recomendaciones y nunca las utilizó por cuenta propia, tampoco era capaz de negarse á favorecer á los desvalidos, aunque les viera pringados y sucios desde los pies á la cabeza. Lo que sí se sabe de seguro es que ofreció casa y mesa á su malaventurada paisana, la cual, agradecida, aceptó por lo pronto,

hasta tanto que pudiera llevar adelante su plan de campaña, que era traerse los muebles que en Granada tenía y comprar algunos más á plazos, poner casa de huéspedes y ver si ganaba para irse sosteniendo y recoger á sus tres chiquillos, que, por venir más desembarazada, había dejado desparramados en la familia. Porque aunque D.^a Paulita sacara abuelto á su marido, y esto lo daba por cosa hecha, había decidido establecerse para siempre en la corte y no volver á mirar á la cara á los muchos amigos y conocidos que en esta prueba la habían indignamente abandonado.

Como lo pensó lo hizo, y al mes de estar en Madrid, sin contar con otro apoyo que el de los Cides, tenía ya puesta su casa en la misma en que éstos vivían. Pío Cid, con su hermana y sobrinilla, estaban encaramados en el tercer piso, y D.^a Paulita alquiló el principal, pensando en la comodidad de los huéspedes futuros, los cuales, no obstante ser pocas las escaleras, tardaban tanto en presentarse que la flamante pupilera pasó días amarguísimos sin más compañía que la fiel criada, que, juntamente con los muebles y como uno de tantos, había venido al lado de su señora, y que era de tanta ley que en aquellos malos días trabajaba la pobre como una condenada, haciendo faenas, lavando y planchando en varias casas de la vecindad, para ayudar con sus gajes á su ama, la cual se avergonzaba de recurrir con demasiada frecuencia á sus amigos del tercero, cu-

ya situación no era tampoco muy brillante. El único huésped que vino á turbar aquella angustiosa soledad fué un joven valenciano, llamado Orellana, abogado recién salido de las aulas y opositor á Notarías, que no conociendo á nadie en Madrid, tuvo la suerte de caer en manos de D.^a Paulita. Poco eran catorce reales diarios para una casa y tres bocas, pero al menos eran seguros y caían en buenas manos. La incipiente pupilera sólo necesitaba un cabello adonde asirse para salir á flote, pues poseía á fondo, como todas las mujeres de su tierra, el arte de dar vueltas á un ocha-vo; era capaz, como decía, de sacar aceite de una alcuza nueva, pero á condición de tener alcuza; y el simpático Orellana, desempeñó, sin saberlo, el papel de este indispensable utensilio, sin sacrificio de su parte, porque, á pesar de ser solo en la casa, le trataban á cuerpo de rey, como en ninguna otra le hubieran tratado. Él no se explicaba el don maravilloso de D.^a Paulita, porque era hombre poco madrugador; pero Pío Cid, que se acostaba muy temprano y se levantaba rayando el día, contaba, en alabanza de su ingeniosa paisana, que la vió muchas mañanas, temprano, cuando los barrenderos salen en bandadas, con los escobones enhiestos, como brujas que vuelven del aquelarre, salir resueltamente con Purilla la criada, sendas cestas al brazo, y encajarse nada menos que en Vallecas á llenarlas de provisiones por poco dinero, fuera del ra-

dio de consumos y sin perjuicio de reñir de vez en cuando con los guardas si éstos ponían reparos á lo que D.^a Paulita tenía por ejercicio de un legítimo derecho. Así, haciendo prodigios en la compra y maravillas en la cocina, conseguía la pobre mujer sacar su casa adelante; y es también cosa averiguada que estos tráfigos no le impedían dedicarse á otro género de labores; como bordadora de fino era una notabilidad, y si le caía el encargo de bordar algún equipo de novia lo aprovechaba para pagar algún mes atrasado de casa; como zurcidora de paño había ganado premios en las Exposiciones de Granada, y sabía zurcir un siete de una capa con tanto primor que cuando la prenda salía de sus manos ni el más lince hallaba traza de siete ni de ningún otro guarismo. En los primeros tiempos, que fueron los peores, tuvo en la puerta de la calle un cartelillo anunciándose como zurcidora de capas, y más de una vez hubo de dar gracias á Dios por serle deudora de ésta al parecer inútil habilidad, sin la que algún día no hubiera tenido siquiera ni para encender las hornillas.

Mal que bien, hoy trampeando, mañana pagando y nunca con sobras, iba tirando de su cruz, hasta que una gran desdicha de nuestro Pío Cid vino á ser para ella aurora de días más felices. Vivían los Cides, como sabemos, con apuros, pero en paz y gracia de Dios. Doña Concha, que se había criado en la abun-

dancia y vivido en Madrid, casada, con todo género de comodidades, y hasta con regalo, al morir su marido se vió de la noche á la mañana en la miseria. Había en esta historia algún punto obscuro, que D.^a Paulita no pudo penetrar; pero aseguraba que el esposo de D.^a Concha se había suicidado después de arruinarse en el juego de Bolsa, y que sin la llegada providencial de Pío Cid quizás la viuda hubiera tenido que arrojarse por el viaducto, por no hallarse con resolución para luchar por la vida ni con carácter para sufrir humillaciones. La misma D.^a Concha dijo alguna vez que había estado ya determinada á quitarse la vida, y que no lo hizo por no atreverse á matar también á su hija, ni menos á dejarla sola en el mundo; pero que éste hubiera sido su fin de no aparecer su hermano, á quien tenía por muerto después de largos años de ausencia. No decía, ni acaso lo sabía la buena de D.^a Concha, dónde había estado Pío Cid en todo ese tiempo; mas de seguro había sido en tierras lejanas, no en su pueblo, como sus amigos creíamos. D.^a Concha decía algunas veces que donde había estado era en el infierno, porque sólo allí podía haber recogido las ideas endemoniadas que llevaba en la cabeza, y otras veces aseguraba que sin duda habría vivido entre salvajes y que de ellos se le habían pegado muchas cosas que se le ocurrían, y que le acreditaban por loco en el juicio de las personas vulgares. Claro está que

todo esto lo decía D.^a Concha medio en broma, puesto que adoraba á su hermano, y tenía de él tan elevada idea, y sentía por él admiración tan fanática, que jamás se nombraba un hombre grande en la ciencia, en el arte ó en la política, sin que ella asegurase que aquel hombre, grande y todo, no le llegaba á su Pío á la suela del zapato. Y cuando alguien le preguntaba qué había hecho su hermano para llegar á tan considerable altura, ella respondía que su grandeza estaba en no querer ser nada pudiendo serlo todo; pero que, á pesar de su humildad, algún día, sin pretenderlo, quizás después de morir en la obscuridad y la miseria, sería conocido y admirado por todos los hombres.

Cándido Vargas estaba casi seguro de que Pío Cid había vivido en diversos países salvajes del centro de Africa, y realizado en ellos grandes proezas, dignas de pasar á la historia; y aun tenía entendido que al volver á España escribió é imprimió el relato de sus aventuras, descubrimientos y conquistas en el continente negro, con tan mala fortuna que no vendió ni un ejemplar de la obra; por lo cual se supone que, despedido, la recogió y la quemó, haciendo juramento de no hablar jamás palabra del asunto en todos los días de su vida. No era hombre Pío Cid que se incomodara por tan poco, y más se debe creer otra versión que me dió Vargas, pues, según ella, lo que le ofendió fué que los pocos que

le leyeron no le dieron ningún crédito, y que el único que tomó en serio la relación fué un señor cura, amigo de los Cides, quien censuró acerbamente, como contrarios á la religión, á la moral y hasta á la humanidad, los procedimientos que Pío Cid empleó para civilizar á los infelices salvajes con quien fué topando en su camino. Y había, por último, otra explicación que, si bien me parece infundada, no me atrevo á suprimir en una tan puntual historia como ésta. Dicen que entre las contadas relaciones que D.^a Concha conservó en su época aciaga de viudez y desamparo, la que ella estimaba más era la de una familia asturiana, algo emparentada con su marido. El jefe de esta familia, que tuvo en Madrid casa de banca, había muerto hacía bastantes años, y la viuda, con tres hijos mayores, dos varones y una hembra, que pasaba ya de los treinta, siguió viviendo en la corte. Los dos hijos se dedicaban á matar el tiempo, gastando tontamente sus rentas, y Rosita, que se había dado por la beatitud, se pasaba la mejor parte de su vida en las iglesias, á las que iba acompañada de su madre ó de una vieja doncella de mucha confianza. Gustaba asimismo de hacer algunas caridades, y de vez en cuando iba á casa de D.^a Concha para ofrecerle discretamente algún auxilio, no como limosna, sino como dádiva de una buena amiga. Al presentarse Pío Cid, hubo de ocurrírsele á D.^a Concha la idea de casarlo con

una joven de tan buenas prendas; pues la pobre señora sentía su salud tan cascada, que siempre estaba anunciando que ella no haría los huesos viejos, y pensando en lo que sería de su hermano solo, con una criatura de seis años, que esta edad podría tener Pepita entonces, á lo sumo. Todo esto es muy natural, y tampoco sería extraño que no hubiera resistencias por parte de Rosa, que, á pesar de lo crecido de su dote, había perdido ya la esperanza de casarse. Sin ser extremadamente fea, no era nada apetitosa; no tenía pizca de ángel, ni asomo de juventud; su figura vulgar estaba velada por un aire de vejez prematura y de agria tristeza, que no dejaba resquicio por donde el amor pudiese mirarla con buenos ojos. Después de tratarla se la estimaba, y aun se la admiraba como á una hermana de la caridad, por su espíritu humilde y resignado; pero no se pasaba de ahí. Había tenido quien la pretendiera, pero mostrando tan visiblemente que el interés era el único móvil de la pretensión, que ella no había querido servir de juguete á ningún cazador de dotes. Y sin embargo de lo dicho, se aseguraba que Pío Cid estuvo enamorado de ella, y ella enamorado de él, y que poco faltó para que se cumpliera el deseo de D.^a Concha.

Una de las más notables cualidades de Pío Cid era el saber distinguir al primer golpe de vista el lado bueno de las cosas; su pesimismo era tan hondo, que le obligaba á buscar un

agarradero por donde cogerlas; y así, despreciándolas todas por malas, sabía amarlas todas por lo poco bueno que tuvieran. Rosa tenía algo bello, de belleza admirable, por donde pudo muy bien Pío Cid amarla; no con amor nacido de la estimación moral, sino con amor corpóreo, enamorándose como un mozalbete en sus primeros revuelos, si se ha de creer al amigo Vargas; y este algo eran las manos finas, blancas, espiritualizadas por el ejercicio de la caridad, las que para Pío Cid revelaban plásticamente, ellas solas, toda la belleza de alma que detrás de aquel rostro miserable y de aquella insignificante figura se escondían. ¿Cómo se rompieron súbitamente estos amoríos, rotos hasta el extremo de que Rosa no volviera á poner jamás los pies en casa de los Cides? Aquí se injertaba la malhadada historia del libro que Pío Cid tuvo la ocurrencia de publicar, para que, sin darle utilidad ni fama, le hiciera perder la estimación del mejor amigo que tenía y el amor de la única mujer por quien llegara á interesarse; puesto que el horror ó el miedo, ó lo que sea, que Rosa le tomó á Pío Cid, provino de la lectura del tan famoso cuanto desconocido libro, en el que, á juzgar por las señas, debía mostrar el actor y autor cualidades poco recomendables. Yo no he creído nunca que Pío Cid estuviera enamorado, ni menos decidido á contraer formalmente matrimonio, porque toda su vida atestigua en contra de esas inven-

ciones; pero valgan por lo que valieren, aquí las consigno.

Lo que se debía sacar en substancia de las suposiciones de Vargas era que había de por medio alguna historia en que los salvajes habían desempeñado un gran papel, dando á Pío Cid cierto aire salvaje ó poco menos, que se descubría, á poco que se le tratase, debajo de su apariencia de hombre culto. Su amor á la vida natural, libre de artificios y trabas; su desprecio de los hombres, su misma bondad, no exenta de dureza, se explicaban muy bien por el largo contacto con gentes de raza inferior, en las que veía en forma descarnada, en esqueleto, la baja y mísera condición de los hombres. Y su único error, que por ser suyo tenía que ser grandísimo, capital, consistía en creer que en España continuaba viviendo entre salvajes, y que podía someter á sus compatriotas á las mismas manipulaciones espirituales que sin duda ensayó, no se sabe si con buen éxito, en el ánimo vil de los negros africanos; sin este error, Pío Cid hubiera sido un hombre perfecto, digno de que lo canonizaran.

Pocos hermanos harán en el mundo lo que hizo él con su hermana al llegar á Madrid, puesto que, á pesar de su gran pereza y ninguna afición á solicitar favores, se apresuró á visitar al diputado por su distrito, que había sido administrador de los bienes heredados por D.^a Concha, hasta que el marido de ésta

los malvendió para hacer frente á alguno de los compromisos que al fin y al cabo vinieron á dar con él en tierra. Y no se sabe si por agradecimiento y amistad, ó porque no se encontrara con la conciencia completamente limpia, el ex administrador no anduvo reacio en gestionar y obtener para el hijo de sus antiguos amos un empleo que le permitiera cubrir sus más indispensables atenciones. Pío Cid no tenía ningún vicio: no fumaba, no iba al café ni al teatro, ni salía nunca por la noche; hasta en las cosas más precisas, como comer, beber y vestir, era muy ahorrativo; comía poco y alimentos muy ligeros, generalmente legumbres; no bebía más que agua, y esto sólo alguna vez en verano, y no tenía más ropa que la puesta, ni quería jamás comprar un traje nuevo mientras el puesto podía prestar decente servicio; por último, no gastaba ni en barbero, porque no gustaba de que le sobasen la cara; ni en peluquero, porque tampoco le hacía gracia que le anduvieran en la cabeza. Él mismo se arreglaba, como mejor podía, de tarde en tarde, cuidando más de la limpieza interior del cuerpo y de la ropa blanca, que de la aparente de los vestidos, sombrero y zapatos. No usaba guantes, y llevaba la menor cantidad posible de corbata. De este modo, su sueldo iba íntegro á manos de Doña Concha, y aunque no era nada crecido, bastaba para vivir modestamente, y aun para que Pepita no careciera de juguetes y chucherías,

que su tío le compraba, cuando algunas mañanas, antes de ir á la oficina, la sacaba á dar un paseo. Aparte su habitual mal humor, que jamás fué molesto para los que le rodeaban, considerábase felicísimo Pío Cid, y sólo le apuraba la idea, que algunas veces se le ocurría, de que su sobrinilla pudiese quedar súbitamente desamparada si le llegara á faltar su madre, siempre achacosa, y él, que tampoco las tenía todas consigo á causa de una molesta afección al hígado, que de tiempo en tiempo hacía sus asomadas. ¡Y quién sabe si su solicitud por Pepita no fué la razón que le determinó á escribir su dichoso libro, con la esperanza de ganar algún dinero é ir ahorrándolo para asegurar el porvenir! Mal le salió, sin embargo, la cuenta, como sabemos; y aun parece que para pagar la edición tuvo que empeñar ciertas alhajas de familia, reliquias de que D.^a Concha no había querido deshacerse ni en la época angustiosa en que hasta para comer le faltaba. Pero un hombre como Pío Cid no se abate fácilmente, y ya que por la muestra comprendió que por el camino emprendido no iría á ninguna parte, comenzó á cavilar, y de sus cavilaciones sacó en limpio que lo que él debía ser era traductor. Ni él era capaz de escribir obras al gusto de un público tan necio y estragado como el que había de leerle, ni este público estragado y necio podía entender y apreciar las que él escribiese según su leal saber y entender; no había motivo pa-

ra escandalizarse, ni era cuerdo repetir la prueba y verse en la triste necesidad de empeñar hasta las sábanas. Se dedicaría, pues, á traducir libros de las diversas lenguas que poseía, y sin calentamientos de cabeza ganaría algo, aunque fuese poco. Así lo hizo, procurando traducir libros útiles, porque los de puro entretenimiento, y en particular las novelas, entonces de moda, le molestaba hasta el leerlas, cuanto más traducirlas. Sus trabajos más importantes fueron por este tiempo versiones del alemán de obras de Derecho, por cuenta de varios editores; su traducción y anotación de la *Evolución histórica del Derecho civil en Europa*, fué considerada como obra de un verdadero jurisconsulto, y le produjo cerca de mil pesetas, con las que pudo desempeñar sus queridas alhajas y aun guardar un buen pico, punto de partida de los dos ó tres mil duros que pensaba reunir para la dote de Pepita. Bueno es decir que él personalmente no salió ganando ninguna honra científica, porque firmó con el seudónimo de Licenciado Gregorio López de Górgolas, y nadie supo quién era el tal Licenciado. Otras traducciones ni siquiera las firmó, y algunas las firmaron por él ciertos falsos traductores que tenían empeño en recoger la distinción ó el aplauso que nuestro amigo desdeñaba.

Todo parecía sonreírle ó, cuando menos, mirarle con ojos de benevolencia, cuando la fatalidad, que le tenía reservadas mayores y

más espinosas empresas, derribó de un soplo el castillo de naipes que él, paciente y cuidadosamente, iba levantando; no fueron menester más de tres días para que la traidora difteria arrebatara á Pepita, dando el golpe de gracia á la pobre D.^a Concha. Pepita se fué á la región donde descansan los ángeles, después de cruzar los eriales de la tierra como ligeras mariposas, y su madre se quedó pensando aún algún tiempo, luchando, no contra la muerte, á la que ningún miedo le tenía, sino entre la imagen de la niña muerta, que la llamaba, y con la que, en su fe de buena católica, ella estaba segura de reunirse, y la otra imagen que tenía á su lado, la de su hermano Pío, que en recompensa de dos años de sacrificios y desvelos se iba á quedar solo, completamente solo en el mundo. Doña Paulita, que asistió á D.^a Concha con tanto amor como lo hubiera hecho con su propia madre, y que le cerró los ojos con sus propias manos, lloraba como una Magdalena cuando recordaba este cuadro tristísimo, y decía siempre que lo que más la impresionó fué la calma y la serenidad espantosa de Pío Cid en aquella ocasión. No derramó una lágrima, ni se inmutó, ni siquiera pareció entristecerse; él mismo embalsamó y amortajó á sus dos muertas, como las llamaba, complaciéndose en adornarles con todas las joyas que en la casa había de algún valor. Á Pepita la llevó él solo al cementerio, y cuando murió D.^a Concha no quiso valerse

de nadie, sino que él mismo anduvo los pasos para trasladarla, con su hijita, á Aldamar, donde los Cides tenían su panteón de familia; en lo cual gastó cuanto tenía, hasta lo que le dió un baratillero, por todos los muebles de la casa. De suerte que al regresar á Madrid de su fúnebre viaje no le quedaba más que un baúl pequeño con contadas prendas de ropa y una maleta que le sirvió para el camino; volvió sin avisar á casa de D.^a Paulita, donde había dejado el baúl; se instaló sin decir palabra en una habitación que estaba enfrente de la puerta de entrada, y continuó viviendo como hasta entonces había vivido, acostándose temprano y levantándose al amanecer, paseando por las mañanas, yendo entre once y doce á su oficina y encerrándose en su cuarto cuando venía de ella, sin encender jamás la única luz que tenía á su disposición, una palmaria sobre la mesa de noche. Comía también en su cuarto, y no hablaba arriba de cuatro palabras con D.^a Paulita cuando ésta, con el pretexto de servirle la comida, buscaba ocasión para sacarle de su mutismo. Siempre fué hombre de pocas palabras, pero ahora es hombre de ningunas.

—Don Pío—le decía su amable paisana—mi pleito marcha muy bien; creo que pronto voy á tener aquí á mi marido.—Me alegro, le contestaba.—¿Sabe usted que hoy ha venido un nuevo huésped.....? Es un chico vizcaíno que se llama D. Serapio. Parece muy bella

persona..... Además dice que pronto vendrá á vivir con él un amigo que se llama D. Camilo Aguirre. Creo que los dos vienen á estudiar para ingenieros, y que el D. Camilo es de familia riquísima. Necesitará dos ó tres habitaciones buenas..... Yo, si sigue el buen viento, me voy á lanzar á tomar el tercero, que aún está desalquilado.—Si es así, me voy á él.—Eso no debe usted hacerlo, porque se va á acabar de morir de tristeza. Aquí es, y vive usted como un hurón..... Eso, digan lo que quieran, no puede ser bueno para la salud..... En fin, no le hablo de esto por no desagradarle; pero..... ¿sabe usted, D. Pío, que tiene usted de verdad buena mano? Hoy ha venido otro huésped.—Me alegro, le contestaba.—Es un estudiante de Farmacia. Éste parece un chico pobre, pero muy infeliz. Le he dado un cuarto interior por doce reales..... Y por si no bastara, dice el Sr. Orellana que quizás se venga á vivir con él un amigo con quien se reúne en el café. Yo estoy ya decidida; hoy mismo, que estamos á 15, voy á tomar el cuarto de arriba.....—Pues lleve usted mis bártulos.....—No he visto hombre más testarudo que usted. Es inútil tratar de convencerle..... Supongo que no se ofenderá porque yo, como buena amiga, le hable de cierto modo.... D. Pío, grandes noticias hoy. Al fin tomé el tercero. Le estamos dando una mano de limpieza, y esta noche le mudo á usted á él. Voy á ponerle frente á la puerta, como está usted aquí, para que se

figure que está en la misma habitación..... Ya sé que á usted no le gusta cambiar. (Pío Cid no contestó, pero miró á D.^a Paulina con aire de reconocimiento). Para que no esté usted completamente solo en el piso vacío voy á trasladar también á D. Benito, y le daré un cuarto más grande y con más luz, porque ahora el pobre chico no puede rebullirse..... Ya es seguro que viene el D. Camilo Aguirre y que tomará esta habitación de usted y las dos de al lado. Además ha venido á preguntar un nuevo huésped, que quizás vuelva, pues parece que le ha gustado la casa y el trato. Ya ve usted que no hay de qué quejarse.—Me alegró, contestaba imperturbablemente Pío Cid; y todos los días tenía algo porqué alegrarse y continuaba siempre del mismo humor sombrío, tétrico, con que regresó de su viaje á Aldamar.

En verdad que no tenía de qué quejarse D. Paulita, pues en menos de dos semanas se le llenaron los dos pisos de bote en bote. Además de D. Serapio, y D. Camilo y D. Benito, vinieron el amigo de Orellana, que era gallego y estudiante del último de leyes, y se llamaba D. Perfecto Fernández Vila, y el joven que quedó en volver, que era estudiante de Medicina y cartagenero, llamado D. Mariano, con su amigo y compañero de estudios, Pepe Rodríguez, un murciano andaluzado, dicharachero y alegre como unas sonajas. No fueron huéspedes todos los que vinieron, porque

detrás de los huéspedes llegó la chiquilla menor de D.^a Paulita, y el anuncio que de pronto vendrían los dos niños que en Granada quedaban. Sin duda las buenas noticias corren tanto como las malas, cuando tan pronto supieron los parientes de D.^a Paulita que ésta comenzaba á levantar cabeza. Los abuelos, que estaban hartos de bregar con Paquilla, que era más viva que una pimienta, se la remitieron á su madre con una familia conocida que iba á Madrid, y los hermanos, en cuyo poder estaban Fernando y Manolo, que eran también muy traviosos é incorregibles, se dispusieron á soltar la carga. No asustaba esto, sin embargo, á una madre tan buena como era D.^a Paulita, y ahora que los recursos no escaseaban se dió por muy contenta de recoger y tener á su lado á sus tres inaguantables pimpollos, y aun á su esposo si lograba sacarlo con sus influencias del mal paso en que se había metido.

—Es usted un hombre de buena estrella, D. Pío—repetía constantemente su agradecida paisana;—pues nadie me quita que todo esto me lo ha traído usted, porque desde el día en que usted entró en mi casa parece que entró la bendición de Dios.

—Lo que hay—contestaba Pío Cid,—es que yo he venido en Septiembre, en la época en que vienen los estudiantes. No busque usted explicaciones maravillosas á un hecho tan natural.

—No tan natural—insistía D.^a Paulita.— Porque yo abrí la casa hace más de un año, y pasó Septiembre y no vino un alma. Diga usted lo que quiera, yo soy supersticiosa y creo que hay personas que llevan consigo la buena ó la mala suerte, y usted es de los que la llevan buena y retribuísimas. Quizás por eso la tenga usted tan mala, porque se la da toda á los demás.

—Usted es muy dueña—decía para terminar el afortunado sin fortuna—de creer en mi virtud oculta y en todo cuanto se le venga á las mientes; que en el creer no hay pecado, aunque se crea en grandes tonterías.

Lo mismo cuando estaba solo Orellana que cuando eran siete los huéspedes, ó cuando fueron ocho con la llegada del joven canario, Carlos Cook, amigo de los vizeaños, Pío Cid vivía como de costumbre, retraído y sin tratarse con nadie. Sólo alguna vez cruzaba la palabra con Benito y los estudiantes de Medicina, que eran sus vecinos más próximos. Sin embargo, aunque seguía comiendo en su cuarto, bajaba algunos días á almorzar al comedor, que estaba en el principal, y con el tiempo conoció á toda la patulea estudiantil, con la que simpatizó grandemente, pues era amigo de la juventud, y bien que su exterior fuese el de un hombre ya entrado en años y su carácter misantrópico, sus ideas eran tan frescas y vibrantes que cuando hablaba todos le escuchaban con la boca abierta, como cuando se oye

algo nuevo é inesperado. Aquellos estudiantes eran, según Pío Cid, pellejos acabados de salir de manos del curtidor y llenos de vino viejo y echado á perder, de ciencia vana y pedantesca, aprendida en los bancos de las aulas de boca de varios doctores asalariados.

No todos los comensales le pagaban estas simpatías, pues se sabe positivamente que algunos le tenían cierta punta de encono, y le tachaban de revolucionario y perturbador, no obstante ser Pío Cid persona tan pacífica y tan enemiga de cambios y trastornos, que por no cambiar ni siquiera se afeitaba. Su deseo era perturbar el espíritu de aquellos jóvenes rampones, y las revoluciones que á él le gustaban eran las que llevan los hombres en la inteligencia y no salen á la superficie sino en forma pacífica, bella y noble. Pero Orellana, que era tradicionalista furibundo, y su amigo Vila que allá se iba con él, no comprendían estos perfiles ni veían en Pío Cid más que un predicador de ideas disolventes, y lo que más les llegaba al alma era que no predicaba con discursos, ni empachaba al auditorio con abusos de palabra, sino que exponía sus ideas en frases cortas, que las más veces no tenían réplica. La reunión se alegraba con estas salidas graciosas é intencionadas, que bien pronto se convertían en frases hechas, usadas á diario por los estudiantes. A pesar de la diferencia de opiniones, ni Orellana ni Vila llegaron á reñir seriamente con el irrespetuoso predica-